

Fragments del diari de viatge

Ignasi Castellví

Expedició 2015

Septiembre

La vida salvaje de un río está constituida por unos condicionantes que la hacen posible, por una serie de elementos que la convierten en diversa, y por las interacciones producidas entre la propia fauna, que hacen de ella un gran espectáculo; como cuando el río se transforma en un apasionante escenario de vida, y a la vez de muerte, donde actores principales como el salmón son capturados y consumidos por los desconocidos lobos de costa. Suceso natural y espectáculo para el ojo humano, que quise experimentar, a través del visor de una cámara, por tierras canadienses.

Me encontraba inmerso en un escenario natural de gran valor ecológico que forma parte de la Costa Central y que representa una de las partes más occidentales del sistema montañoso conocido como la Cadena Costera del Pacífico, que se extiende desde el Norte de Alaska hasta el Centro de México. Este recóndito paisaje

canadiense, moldeado por numerosos y espectaculares ríos, es el hábitat de una gran variedad de fauna, entre las que destacan las poblaciones de salmones, lobos, osos, focas, nutrias, águilas..

Han sido varios los medios de transporte en los que nos desplazamos para poder llegar a esta zona, estratégicamente seleccionada durante los días previos a la expedición. Antes de que las rocas punzantes del fondo queden al descubierto por la bajada de la marea y puedan causar daños en la hélice del motor y en el casco de la lancha, desembarcamos todo el material acordando con Tom, guardacostas y patrón de la embarcación, el día de nuestra recogida. Ahora, nos encontramos envueltos en el escenario deseado, pero con la prioridad de mover todo el material para montar el campamento.

Sin duda alguna, uno de los retos más difíciles con los que se enfrenta cualquier naturalista apasionado de los lobos, es su observación en estado salvaje. Al respecto, podríamos decir del lobo que se trata de una máquina engrasada con impecable intuición, exquisita memoria y extrema desconfianza. Y es que el lobo posee una carga genética de estigmas, odios, persecuciones y miedos ancestrales provocados por la especie humana, que lo ha convertido en un animal estratega y altamente cauto, haciendo de él una especie muy difícil de observar. Quizás por esta razón, porque de toda dificultad obtienes mayor gratificación, la observación de lobos en estado puro, es una de las experiencias más emocionantes que cualquier naturalista puede experimentar.

Esta vez, las focas comunes y las nutrias fueron las que testimoniaron mi aproximación a través de la orilla por aquel histórico lugar, ocupado en el pasado por los indios Heiltsuk. Me detuve por unos instantes, observé mi alrededor a la vez que sentí el privilegio de formar parte de este apartado, vasto e imponente paisaje

que me engullía y me hacía sentir diminuto e indefenso ante la grandeza que exhibía la propia Naturaleza del lugar, cubierto por majestuosos cedros e imponentes píceas de Sitka de alturas vertiginosas.

Ese lugar me atrapó... seguidamente me agarré a las ganas de ver el lobo como un náufrago se agarra a un tronco flotante cuando se ve desesperado, y tuve la mística sensación de que, aquella mañana, sería el anticipo de un buen día.

Mientras observaba, me mantenía en silencio con la esperanza de verles aparecer antes de que la subida de la marea me expulsara del lugar.

Finalmente, observé entrar en escena el trotar de un cuerpo grisáceo y esbelto, dirigiéndose hacia la zona abierta tras salir de la masa forestal que lo protegía. Se paró, dirigió su mirada hacia mi posición y se quedó quieto, observando. La cámara inmóvil, "Si me mantengo sin moverme, ese lobo no podrá visualizar a tal distancia mi contorno a la perfección y no le infundiré desconfianza...", pensé. Mi olor no le podía llegar,

tenía la espalda tocando un talud suficientemente alto y quería pensar que el aire no le iba a llevar mi aroma a su desarrollado olfato, que le haría huir. Mi inmovilidad impedía que cualquier ruido le pusiese en alerta, pero me di cuenta de que notaba algo, seguía con la mirada fija en mi dirección, sin moverse.

Posiblemente pasaron unos 10 minutos, y aquel hermoso ejemplar, de tonalidades claras y cabeza blanca, decidió que aquello que le había alertado ya no significaba ningún peligro. Y lo demostró al emitir diferentes sonidos, como una serie de cortos ladridos, que hicieron visible al resto de la manada, cuatro subadultos y una hembra adulta entraron en escena, aproximándose a Cabeza Blanca.

Tras el sonoro aviso del líder al resto del grupo familiar, dando total garantía de seguridad, empezó el espectáculo. Como espectador emocionado, hubieron de pasar al menos sesenta segundos para que la cámara con el trípode dejara de temblar, filmaciones estas que guardaré como recordatorio de lo que supuso mi primera observación del lobo de costa. Por suerte, pude filmar más de sesenta segundos sin que las imágenes capturadas parecieran las de un movimiento sísmico. Transcurrieron los minutos, y la hembra no dejaba de

ofrecerse al juego incesante de los subadultos. Mientras tanto, el macho seguía sin perder detalle del entorno, dando total cobertura al juego de la manada. Lo mejor, si cabe, llegó media hora más tarde, cuando, finalmente, Cabeza Blanca decidió que era suficiente y tocó reagruparse e irse. En aquel momento la familia estaba esparcida por la zona, alguno de ellos fuera de mi alcance. De repente, un penetrante aullido resonó en aquel silencioso lugar, provocando seguidamente los aullidos del resto de individuos y produciéndose el conocido coro de lobos. Tras dirigir rápidamente el objetivo de la cámara hacia el aullido, pude observar el magnífico porte del macho adulto con la cabeza en alto, fijé la cámara para que siguiera gravando y saqué el ojo del visor, la imagen que tenía ante mí, así lo requería.

Este momento vivido es la razón por la que un naturalista está dispuesto a sufrir adversidades. Andar por un lugar donde el aullido se escuche, es andar por un territorio conceptualmente salvaje, entendiendo como salvaje aquella zona donde uno se convierte en una especie más, en igualdad de condiciones. Sin lobos,

dejamos de tener lugares así y los convertimos en espacios alterados y empobrecidos por el efecto de cascada trófica, convirtiendo al ecosistema en cancerígeno.

Una vez se reagruparon los seis individuos, la membrana de la laringe de Cabeza Blanca dejó de vibrar, y este, seguido por el resto del grupo, desapareció al trote lobo por la orilla hasta el cercano bosque por donde había aparecido minutos atrás, dejando nuevamente el escenario vacío.

Publicat per l'editorial Tundra, 2016